

El local 10

SYLVIE MOULIN

Hacía varios años que escuchaba anunciar el cierre de la librería, pero quedaba en las nubes de las amenazas incumplidas, como cuando la esposa advierte al marido improductivo que va a pedir el divorcio y no se atreve a iniciar el proceso después de tantas rutinas compartidas. El proyecto seguía “en camino” sin avanzar ni un ápice.

Solía visitarlo regularmente, en el local minúsculo escondido al final de una galería de negocios poco concurridos, sobre todo desde que habían precintado la reja del club nocturno de la entrada después del incendio sospechoso que había costado la vida a numerosos drogadictos y distribuidores. Durante un par de semanas, la vereda estuvo cubierta de velas, fotos y ramos de flores; luego, la gente se olvidó y la escalera empezó a llenarse de botellas vacías y colillas de cigarrillos. El drama y el duelo que siguió no afectaron demasiado la librería, tampoco los trabajos de remodelación del ascensor del edificio que obstruyeron a su turno el acceso a la galería, obligando a los visitantes a pasar por encima de herramientas, rollos de cables y sacos de cemento.

Su clientela no era de turistas sino de parroquianos: todos conocíamos los horarios de visita, y nadie se hubiera

aventurado por ahí un día de marcha estudiantil para toparse con la puerta cerrada... Cada vez que pasaba por el local, encontraba al dueño sentado en la misma silla, escuchando música clásica en la radio o conversando con uno de los filósofos y poetas que publican en su editorial. Le gustaba hablar de política, aunque con los años se haya desteñido su discurso allendista para mancharse con la misma amargura que hundía su rostro y entorpecía el flujo de su sangre.

Hasta que un día lo encontré en plena actividad, con energía renovada, rodeado de cajas vacías y bolsas de plástico, y me anunció de golpe que cerraba la librería a fin de mes. “Toma lo que quieras”, me dijo, “no podré llevar todo”. Me contó que un amigo le había ofrecido su camioneta y bodega, y había decidido gozar de un descanso merecido después de décadas de trabajo. Seguiría con la editorial por supuesto, pero desde su casa.

Por primera vez, sentí curiosidad por conocer el segundo piso del local. Le pedí permiso y subí la escalera angosta y tambaleante, esperando encontrar no sé qué caverna de Alí Babá, y me encontré con una pieza casi idéntica al primer piso, aunque más exigua y de techo más bajo, con el suelo

tapizado de cajas de libros amontonadas, dejando sólo un estrecho acceso al baño. Bajé algo desilusionada y me despedí rápidamente...

La mudanza duró mucho más tiempo que lo anunciado. Siempre estaba enfermo el dueño de la camioneta, o tenía el vehículo varado. Era claro que la separación le dolía más de lo que estaba dispuesto a confesar. Cada vez me regalaba volúmenes, incluso encontró una caja entera de libros míos que había publicado unos diez años antes y extraviado en el caos circundante.

Un viernes, llegué a la hora de almuerzo, y lo descubrí sentado en medio del lugar casi vacío. Quedaban sus dos

sillas, tres cajas de libros y la radio. Las paredes estaban por primera vez expuestas a la vista y se notaba la necesidad de una buena capa de pintura. Me recibió con una cara que pretendía expresar la satisfacción de la meta alcanzada, pero su sonrisa no logró convencerme. En realidad, a mí también me dolía el adiós... Me regaló unos últimos libros que había dejado aparte y me dio un abrazo. “Quedamos en contacto”, me prometió cuando salí.

Hasta el día de hoy, cumplimos con la promesa. Cuando paso frente a la galería, echo una mirada fugaz a los negocios agónicos. Sólo para asegurarme de que el local N.º 10 sigue vacío.

Zona de tránsito

Los aeropuertos pertenecen a otra dimensión. Forjan mundos, nutren sueños, rompen trabas. De a poco se convierten en adicción, y con cada viaje seduce más su carácter absintesco. También les atribuyen poderes alucinatorios que nunca pudieron comprobar, quizás

porque inspiraron a pintores y poetas, igual que los puertos y el ajeno. Como pasa con cualquier droga, después de un poco de práctica, uno se da cuenta de que el despegue es más fácil que el aterrizaje. Al tomar altitud, se ve más pacífica la realidad...